

Llevo ya un año en Anzaldo, y sí, he sido tocado muy profundamente por todo lo que he vivido durante este tiempo aquí en Bolivia. Si me preguntáis qué tal estoy, os diré que ahora mismo soy un “escolapio laico feliz”.

En Anzaldo, en Bolivia, he ido encontrando el sentido de muchas cosas de la vida; conectada con el sueño que Dios ha tenido, tiene y seguirá teniendo para mí y para cada uno de nosotros.

Mediante este artículo os quiero contar algunos de esos aprendizajes que me están haciendo madurar y crecer como persona y como cristiano.

He elegido la parábola de la perla para compartir con vosotros algunas de las perlas de gran valor que he encontrado en esta experiencia de vida tan maravillosa, que no cambiaría por nada del mundo.

“También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.”

La perla de la comunidad

Desde que llegué a Bolivia me he sentido acogido por esta gran familia a la que tanto cariño estoy cogiendo. La comunidad escolapia de Anzaldo y de Bolivia, los profesores y profesoras de la unidad educativa, los anzaldinos (jóvenes y no tan jóvenes) que tanto luchan por el bien de su llajta, la gente de las comunidades que hemos ido visitando con el Padre Joseph...

De esta gran familia boliviana subrayo su acogida, pero también doy gracias por los valores que ellos viven a diario y contagian a quien se les acerca: su sencillez, humanidad, generosidad, humildad, alegría, sentido comunitario, espiritualidad, respeto...



La perla de la confianza

Al igual que en muchos momentos de mi vida han y habéis confiado en mí plenamente, una de mis claves ha sido la de optar por la confianza y el amor sin medida en todas las personas que me rodean; y en especial en todos los niños y niñas del internado.

He tratado de amar a los niños y niñas como siento que Dios me ama; de entenderlos y hacerme uno con ellos, valorando su cultura, su mentalidad, aprendiendo su idioma (tanto el quechua como el de su corazón), esforzándome por dejar a un lado mi forma de pensar para poder abrirme a otro modo de entender la vida, el tiempo, las prioridades.

Ha sido un año de vida intensa; me he convertido en su “tío Juli”, hemos ido al médico, hemos reñido por la tarea, hemos contado cuentos con primera, segunda y tercera parte; hemos hablado sobre la vida, la familia, sobre Jesús y terminado bailando zumba. Hemos vivido, hemos confiado, nos hemos amado como una gran familia.

La perla de la vocación

He reafirmado mi vocación como profesor y educador escolapio. Me he sentido llamado a anunciar a los niños y jóvenes anzaldinos la Buena Noticia, siguiendo el carisma escolapio a través de Movimiento Calasanz y las clases en el colegio.

Si echo la mirada hacia atrás veo momentos en los que montaría mis tres tiendas para volver a ellas una y otra vez:

La primera..., los últimos meses de curso en los que los de sexto de secundaria se sorprendían de que el trabajo final del bimestre de religión fuese soñar y escribir su propio proyecto de vida.

La segunda..., el día en el que juntamos a todos los niños y niñas de Movimiento Calasanz para preparar bolsas de comida y repartirlas por todo el pueblo de Anzaldo. Momentos en los que la gente pobre quiere ayudar a otra gente pobre... Oraciones en las que el que necesita reza por el que más necesita... *“Se puede dar sin amar, pero no se puede amar sin dar”*. (Deuteronomio 15, 8).

La tercera..., las oraciones continuas de la profesora Karen con los niños y niñas de primaria; donde real-

mente uno ve la realidad de las familias anzaldinas a través de estos pequeños.

La perla del esfuerzo

En Anzaldo nos estamos moviendo todo lo que podemos, pero es muy complicado tirar adelante con este barco tan grande con tan poca gente. Necesitamos más tripulantes, más misioneros que nos permitan remar hacia nuestro destino. Estoy, y estamos convencidos, de que Bolivia es una presencia con obras que merecen mucho la pena: Anzaldo, Cocapata, Cochabamba, Santivañez y ahora Santa Cruz.

Ahora mismo os escribo desde esta última. No os imagináis lo bonito que es ver nacer una nueva presencia, la de Santa Cruz... Los salesianos llevan cuidando de esta presencia más de 30 años y ahora nos traspasan a



los escolapios lo que para Calasanz sería un gran tesoro: tres colegios con turno de mañana y tarde, una parroquia preciosa y más de 5 capillas que se llenan cada domingo. Y como tripulantes del barco, una nueva comunidad conformada por dos padres (Primitivo y Rubén), dos laicos (Caterina y Jesús) y un prenovicio (Flavio) que van a cuidar de esta preciosa misión. ¿Emocionante, verdad?

Os he dado unas pinceladas de algunas de las perlas que he ido encontrando como mercader boliviano; sin embargo, las perlas más maravillosas de este año han sido las que han ido acompañadas de acciones sencillas, las que simplemente se traducen en caritas y rostros felices, abrazos mientras pelamos papa, chinelas rotas de tanto jugar, ataques de cosquillas interminables y oraciones que te llenan el corazón y hacen que te emociones.

No me gustaría despedirme sin recordar que para mí Lurberri ha sido y sigue siendo una perla muy importante. Y por eso me gustaría daros mis más profundas gracias. No lo sabéis, pero habéis sido para mí un permanente estímulo, reto y ayuda en mi vida como cristiano, como misionero y simplemente como Julen. En

Pamplona traté de daros lo mejor de mí, especialmente en el cole, en Mikel Gurea, Ikaskide, discer... Pero vuestro regalo fue mucho más grande; vuestra generosidad, oración, interés, ejemplos de vida y de compromiso. Sois un ejemplo permanente para mí.

Sé que el próximo año de mi vida va a ser un año de trabajo intenso, de seguir construyendo Reino, de gastar mi vida ayudando a la gente y, especialmente a los más pobres. Desde aquí un abrazo enorme para mi compañero de aventuras y misión, Xabi, al que voy a echar muchísimo de menos durante este nuevo año que se avecina.

No quiero alargarme más, pero me quiero dirigir a ti, que lees estas líneas, para preguntarte si ya sabes cuál es el sueño que Dios quiere para ti. La misión escolapia es dar la vida por los demás, por los más pequeños; guiados por la confianza de que vale la pena, de que tiene sentido dar la vida para que Jesús pueda estar más cerca de estos niños y niñas del mundo.

Yo quiero seguir gastando mi vida siguiendo el Evangelio, ¿y tú?

